

formarán idea mis lectores, por la muestra que este «Almanaque de Arte y Letras» publica en una de sus páginas.

* * *

Tenemos, en pintura, dos realidades y muchas esperanzas, de éstas por desgracia, algunas ya se han frustrado, y permita el cielo que las demás no sufran igual suerte.

Son realidades en el arte pictórico, Velasco, el delicado paisajista á quien alguien ha llamado el poeta del pincel y el joven Leandro Izaguirre, verdadero artista de grandes vuelos y de hermosa y robusta inspiración. El posee los elementos precisos y bastantes para ser creador; en su espíritu vibra el *quid divinum* que ha immortalizado á los grandes sacerdotes de la belleza.

«En las ciencias, exclama Castelar, se necesita la reflexión profunda, el raciocinio laborioso, la comparación sesuda; pero en las artes, se necesita la inspiración, que sin dejar de ser reflexiva y de encerrar en sí, como la misma naturaleza, un raciocinio, ha de centellear prontamente como la palabra creadora.

«La Biblia nos da de esto un gran ejemplo «Y dijo Dios: habrá luz y hubo luz.» Las obras de arte, son creaciones del espíritu humano; pero no son inferiores á las obras de la naturaleza. Las obras de arte narian, como los cielos, la gloria de Dios; porque son el resumen de todo cuanto hay de divino en el hombre.»

La hermosura es la gran forma, el molde por excelencia del arte y allí radica su gran poder para sacudir al alma en sus senos más íntimos. La inspiración es una luz que penetra todas las reconditeces del espíritu y lo hace vibrar. Ese es el secreto de los artistas y en el número de esos elegidos están Velasco é Izaguirre; yo exclamo también ante la potencia sublime del verdadero artista:

«Crear no es un trabajo mecánico, sujeto á las reglas preestablecidas; no crea el alma sacando de sí misma su virtud. La imaginación da forma sensible á la idea. Así es que la razón da el alma de la obra del Arte y la imaginación le da el cuerpo; la razón da la idea, la imaginación la imagen.

* * *

En nuestra excursión por el mundo del arte: el país-fantasia, llegamos frente á una de las más bellas manifestaciones: la del color. Aquí el hombre aparece rodeado de la naturaleza y el artista fija sobre el lienzo lo que hay de más bello: la luz.

El empleo de este soberbio agente es el gran secreto de los pintores, en él estriba el efecto más culminante. Ya Zola ha descrito de manera soberbia las luchas del artista y la luz. Claudio es el desesperado del color, allí está la impotencia del pincel en el cuadro pintado á *plein air*.

Entre nosotros el estudio de luz exige más cuidados, y prolijos; es preciso acostumbrar la retina á las diafanidades de nuestra atmósfera, á las explosiones deslumbrantes y á los estallamientos de claridad.

Y nuestros pintores se preocupan bien poco de la materia, allí está «El General Bravo» cuadro de Ríos, en que el colorido, los celajes, y los términos, acusan el poco estudio de nuestro cielo, de los celajes de la zona tórrida, de nuestra vegetación, en fin, de viva coloración, y que cuando se ha querido trasladar al lienzo ha resultado con tonos de esmalte como los paisajes chillantes de Tenorio. Y hablo de estos cuadros por más que sus autores carezcan de absoluto mérito, porque los cuadros en cuestión, han sido expuestos alguna vez en la Academia de San Carlos. Allí está

comprobando también la falta de conocimiento del claro obscuro, el cuadro de Jara «La fundación de México» de color plomizo pizarra, sin luz que determine la hora, y con figuras hechas como de *terra cola*.

El señor Gibbon, dice: «El colorido, que tiene más importancia á veces que la forma; el colorido es la vida de todo lo que poseemos de bello en nuestro cielo privilegiado, en nuestra naturaleza incomparable: ¿cómo es pues, que artistas mexicanos olvidan por un solo momento que el alma del arte en nuestro México es el color; ¡sí, ese colorido que transporta al artista y al viajero extranjero, á lejanas regiones del Oriente, á esas regiones eternamente inspiradoras, como creadoras, son, han sido y seguirán siendo para el arte.

En algunos cuadros se ha confundido lastimosamente la tinta, es decir el color, con el tono, lo que los franceses llaman *valeur*, armonía de notas más ó menos altas de luz y de sombra. Y no debemos tampoco confundir el objeto del *claro obscuro* que en la pintura antigua no tuvo otro, que el de hacer resaltar la figura. Plinio, hablando del Júpiter Tonante, pintado por Apeles, dice: que la mano que portaba el rayo, parecía salir de la tela, *extra tabulam esse*; pero no servían la luz y la sombra, para añadir, como dice un crítico, al interés de la acción representada la poesía del claro y del obscuro.

Creo que la luz lo es todo en el cuadro; recuérdese á Rivera y se verá que las sombras de sus telas aunque oscurecidas por el tiempo, guardan aún una transparencia deliciosa. Montabert, en su *tratado de pintura*, recomienda al pintor doblar el brillo de la luz y no aumentar la obscuridad de la sombra.

No olviden, pues, nuestros artistas, que el estudio de la luz es indispensable, y sobre todo en México, y que éste sólo puede hacerse fuera de los muros entenebrecidos de la escuela.

Rembrandt, el gran maestro, el soberano del claro obscuro, debió más al estudio de la naturaleza y á su genio, que á las enseñanzas de Peter Lastmann y de Jacob Pinas, que con tanto acierto manejaban los contrastes de luz y sombra.

* * *

En el año que ha terminado, nada nuevo nos han dado los pinceles de nuestros artistas. El arte, como en los tiempos virreinales, ha vuelto á acogerse al templo, aunque sin emular siquiera á los maestros con quienes contó nuestra Academia: á los Cabrera, Pelegrín, Clavé, Cordero y Landesio.

* * *

A la Villa de Guadalupe, á donde parece que las creencias dominantes, han ido á anitarse en una nueva convulsión, á la Basílica que perdió en su restauración cuanto de severo y majestuoso tenía, han ido los pinceles de algunos de nuestros pintores á fijar cuadros que mucho dejan que desear.

«La Vocación de los indios,» cuadro de D. Felipe Gutiérrez, de escuela antigua romana, en mi humilísimo concepto, malo; el de Ibararán, «Informaciones de 1665,» regular, y en él hay figuras bien tratadas; el de Parra, «La Jura del Patronato,» mejor que los anteriores, y denota una mano más hábil; y el de los señores Carrasco é Izaguirre, «El primer milagro,» cuadro terminado por este último joven pintor, obra más artística y con toques maestros; el asunto está bien tratado, el colorido es bello, y en todo el conjunto hay ese sello que sólo el arte sabe imprimir á sus creaciones.